MONTEAGVDO 3.ª Época – N.º 28. 2023 – Págs. 19-24

A propósito de don Mariano[1]

On don Mariano

César Oliva Olivares
Universidad de Murcia

Con motivo del 25 aniversario de la creación del Instituto de Enseñanza Secundaria Mariano Baquero Goyanes, sus responsables me mandaron hacer una semblanza del que fue catedrático de la Universidad de Murcia, ilustre investigador y ciudadano ejemplar, que da nombre a dicho centro docente. Su director fue explícito a la hora de solicitarme: nos gustaría saber de primera mano quién era don Mariano. Por supuesto que saben quién es, pero sin duda querían oírlo por boca de uno de sus discípulos. No es raro estar en centros cuyo nombre se convierte en algo tan cotidiano como desconocido. Y eso es lo que vamos a intentar solucionar. Empezaré sin más dilación afirmando que don Mariano significa honestidad, sabiduría, rigor, lealtad, decencia; calificativos todos ellos que van como anillo al dedo a una persona dedicada en cuerpo y alma a la educación y a la investigación. No sé qué sería de este país, y de su siempre controvertida enseñanza, si hubiera gozado durante décadas de maestros tan lúcidos y competentes como él. Otro gallo nos cantaría.

Aunque en mi dedicación a la docencia he transitado mayormente por los caminos de la escena, no pocas veces, por necesidades docentes, o incluso por gusto personal, he impartido enseñanzas del siglo XVIII. No es una época demasiado amena para el docente, en general, pero don Mariano nos demostró que no hay períodos más ingratos que otros, sino peor o mejor conocidos que otros. En los recorridos que hice por la dramaturgia hispánica llegar al Siglo de las Luces era internarse por un camino tan difícil como apasionante. Seleccionaba de la biblioteca sainetes de don Ramón de la Cruz, una edición de *La Raquel* de García de la Huerta, Leandro Fernández de Moratín..., autores todos ellos que me remiten de manera directa a don Mariano Baquero. De vez en cuando echo mano de unos folios amarilleados por el tiempo,

[1] Palabras pronunciadas con motivo de los actos de celebración del 25 aniversario del IES Mariano Baquero, en el Salón de Actos de CajaMurcia, el 30 de abril de 2013.

que descansan en una carpeta llamada "Apuntes de don Mariano". A pesar de que atienden más a aspectos de la narrativa española que del teatro, no faltan relaciones continuas entre ambos géneros. Sus observaciones sobre Moratín son de una precisión absoluta. Y no solo por su valoración como dramaturgo, sino por el importante papel que jugó en el fin de un ciclo tan decisivo como la Ilustración. La introducción al Neoclasicismo español de don Mariano fue tan interesante, que encontré en sus palabras la mejor lección que podía dar a mis alumnos durante muchos años después. Eso es ser maestro. Dar lecciones para la posteridad; perdurar en la memoria; servir más tiempo del que se cree servir. Por eso cuido con especial emoción no sólo el recuerdo de don Mariano sino sus papeles, las cosas que me enseñó, que nos enseñó a varias generaciones de murcianos, alicantinos, albaceteños, que venían a nuestra Universidad por los años cincuenta, sesenta y aún después, y que ninguno de ellos ha olvidado su magisterio. Esto es algo que tengo el orgullo de poder contar, y no sólo aquí, con el motivo tan especial que nos une. Encontrarme con compañeros de curso que ahora son catedráticos, y no sólo de la Universidad de Murcia, y caer siempre en el recuerdo de don Mariano, es todo uno.

Llegado a este punto tengo que decir que mi papel de evocador de la figura de Baquero Goyanes podría haber sido interpretado por otros muchos actores, y con mejor tino que el mío. Indicaré los primeros que se me vienen a la cabeza, más por cariño, amistad y proximidad que por otra cosa: Javier Díez de Revenga, Mariano de Paco, José María Pozuelo, Victorino Polo, Abraham Esteve, Enrique Rubio (el amigo y colega alicantino con el que sigo hablando de don Mariano), Carmen Hernández Valcárcel... Lista que podría incrementarse con los profesores de literatura de instituto que hayan acabado la carrera hace más de treinta años. Todos somos hijos de don Mariano, hayamos seguido sus pasos en la narrativa, o por los caminos de la crítica, la poesía o el teatro.

Don Mariano, además de su talante investigador y docente, era una persona muy peculiar. Madrileño pasado por Asturias por causas familiares, llegó a Murcia por aquella ruleta de la fortuna que hacía de los jóvenes profesores que sacaban oposiciones poder aterrizar no se sabía dónde. Él lo hizo en Murcia, pues a los 26 años ganó la Cátedra de Lengua y Literatura Española en sus relaciones con la Literatura Universal. Finalizaba 1949. No pocas veces me he puesto a imaginar cómo sería la llegada de don Mariano a esa Murcia de galeras en la estación; casino provinciano cerca del cual estaba la sombrerería de Carlos Ruiz-Funes, intelectual que se hizo muy amigo del nuevo catedrático; colegio mayor único en el que se instaló junto a otro recién llegado profesor llamado Enrique Tierno Galván; la Murcia del cine Rex con sus grandes estrenos, y el Teatro Circo Villar, con sus programas dobles a los que íbamos los estudiantes cuando hacíamos novillos; la Murcia de calores

estivales que un madrileño pasado por Gijón, y que tenía la costumbre de ir siempre elegantemente vestido, difícilmente podía resistir. Una Murcia en la que, por no perder la costumbre, el forastero se enamora de una chica de aquí, como le pasó a don Mariano con Ana Luisa, y va y forma familia, y se olvida casi de la Universidad de Oviedo, en donde estudió; de Gijón, en donde vivió; y hasta de Madrid, en donde nació y se doctoró. Don Mariano se instaló de manera tan intensa en esta tierra que apenas salía de aquí, a no ser para ir a un tribunal de oposición o tesis doctoral. Los veranos los pasaba en La Ribera, no demasiado lejos de su despacho y de sus libros, por si acaso tuviera que hacer una consulta urgente sobre cualquier personaje de *La Regenta*, o sobre cualquier primera edición.

Sin querer dar fechas ni lugares (no es esta clase magistral ni docta disertación) he de decir, pues las referencias son inevitables, que don Mariano, como ya he dicho, se licenció en la capital asturiana y se doctoró en Madrid, pues entonces todas las tesis había que leerlas allí, en la llamada Universidad Central. Con su tesis logró el Premio Extraordinario de Doctorado, así como el "Menéndez Pelayo", que otorgaba el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Esto sucedió en 1948, cuando don Mariano tenía 25 años, uno antes de conseguir la cátedra murciana. Su maestro fue Balbín Lucas, y entre los compañeros de letras podríamos citar a Fernando Lázaro Carreter, que seguiría sus pasos hacia la docencia, pero en la Universidad de Salamanca, para después dirigir la Real Academia Española. La tesis de don Mariano, "El cuento español en el siglo XIX", significa un trabajo de consulta obligada para todos los que investigan e investigarán sobre el género. Como lo es el resto de su obra crítica, que pueden verse en cualquier bibliografía, de la que destaco: *Proceso de la novela actual* (1963), *Perspectivismo y contraste. De Cadalso a Pérez de Ayala* (1963), *Temas, formas y tonos literarios* (1972), y *La educación de la sensibilidad literaria* (1953), ensayo que se reeditaría en 1990, y que supone un verdadero compendio de ideas y pensamientos fundamentales para todo el que quiera vivir en y de la literatura. Añadamos que los citados títulos son una pequeña parte de su larga lista de monografías y artículos.

Comencé a tratar a don Mariano antes de que me diera clase, cuando no tenía ni idea de que, algún tiempo después, sería profesor mío en la Facultad de Filosofía y Letras, dirigiría mi tesina y mi tesis, e incluso estaría en el primer tribunal de oposiciones al que opté. Quizá sea aquel un rasgo que me diferencia del resto de sus discípulos, cosa que no tendría significación alguna de no ser que yo dirigía teatro y que buscaba en él la ayuda que mi entonces condición de estudiante de Química me obligaba. Mi primer contacto con don Mariano, como decía, fue con motivo de un montaje de *El retablo de las Maravillas*, de Cervantes, que hice con un grupo de jóvenes, llamado Arlequín, y en una representación que dimos en el Salón de

Actos del Colegio Jesús-María. Para animarnos, nos dijeron que entre el público se encontraba el catedrático de Literatura de la Universidad de Murcia. Casi nada. Sin embargo, mi máxima preocupación no estaba en su presencia, sino en un ejercicio de autocensura que tuve que hacer, ya que casi al final del entremés de Cervantes, el personaje del Furrier, enojado con los lugareños que no paran de decirle "de *ex illis* es" (de ellos es), añade en voz en grito: "¡Soy de la mala puta que los parió!". Yo pensaba que oír eso en un colegio de monjas no iba a sonar bien; pero tampoco estaba dispuesto a corregir a Cervantes eliminando frase alguna, por muy soez que pareciera. Así que decidí mantener el texto, pero que todos los personajes gritaran a la vez eso de "de *ex illis* es" de manera que tapara (más o menos) la palabrota del Furrier. Se ve que la experiencia resultó satisfactoria, pues don Mariano, cuando nos saludó después de la representación, me dijo que le había gustado mucho; sobre todo, el detalle de recubrir el exabrupto del soldado con la citada subida de volumen de la frase latina. Don Mariano se fijaba mucho en los detalles, y, sobre todo, si estos servían para paliar conductas o expresiones de dudoso talante.

Decía antes que no quería dar fechas ni lugares; tampoco, digo ahora, caer en el consabido anecdotario. De hecho, me escribí en un folio, antes de comenzar esta divagación: "ni anécdotas ni llantos". Pero... Es natural que la memoria nos lleve por los caminos de los afectos. Volveré a la raíz de esta semblanza, que no es otra que el perfil humano y obra académica de don Mariano Baquero Goyanes. Instalado en Murcia, con esposa murciana, hijos murcianos, se convirtió en un murciano más, y eso que su fisonomía remitía más a un extranjero en tierra extraña que otra cosa. Nunca le oí una palabra más alta que otra, ni hablar mal de nadie, aunque fuera colega, ni enfadarse por nada que no lo mereciera, incluso con lo que lo merecía. Si acaso una cosa recibía su reprobación acudía a algo tan literario como la ironía, ironía que nunca rozaba la hipérbole. Hombre de costumbres metódicas, más aparentaba, como decía, flemático inglés que nacional de rancia solera. Vivía en un piso del barrio de Santa Eulalia, a cinco minutos andando de su despacho en la Facultad, a donde iba a diario tanto a dar sus clases como a investigar o hablar con los alumnos que lo requerían. Las mañanas las pasaba íntegras allí, y sólo hacia el final de la jornada se permitía visitar Ritmo, tradicional tienda de discos en la calle Sociedad, en donde adquiría las nuevas sinfonías o conciertos que se editaban. Don Mariano era un gran melómano, conocedor como pocos de los secretos del pentagrama. También el cine ocupaba parte de su ocio. Cuando yo lo conocí, no frecuentaba ya las salas de exhibición como, al parecer, había hecho en otra época. Pero mantenía interesantes conversaciones sobre creadores como Fritz Lang, René Clair o Carol Reed. Al igual que *Azorín*, don Mariano creía que el paso del cine mudo al sonoro supuso una herida en el Séptimo Arte, como lo sería el paso del blanco y negro al color. Él mismo hacía

sus pinitos cinematográficos, con cámaras de 8 mm y super-8, aunque lo que más le apasionaba era la fotografía. Hombre de escasos o nulos caprichos hedonistas, los discos y la fotografía cubrieron con creces sus mayores entretenimientos. Y la conversación, el diálogo, el debate, siempre que transcurrieran por el camino de la corrección. Tampoco podía faltar, en este esbozado perfil humano, sus convicciones religiosas que mantenía sin alardes ni ostentación.

Otro aspecto de su actividad que quisiera destacar, y que dice mucho de su condición como intelectual, fue la voluntad que puso de dedicarse a la tierra que le había acogido. Supo desde el principio que su llegada a Murcia fue cosa del destino, y que no convenía ir en su contra. Aunque lo normal, en personalidad tan destacada como la suya, hubiera sido estar una temporada en la Universidad de Murcia, para subir enseguida en el escalafón del prestigio a un destino de mayor altura, don Mariano se hizo a esta región como esta región se hizo a don Mariano. Fue un fenómeno curioso por lo anómalo en el campo académico. Yo no lo conocí entonces, cuando, al parecer, desoyó cantos de sirenas que lo llevaban a puestos de mayor reconocimiento. Por eso su actividad profesional fue tan intensa en los primeros años de docencia. Creó *Monteagudo*, en 1953, revista que fue, y sigue siendo, un referente en la filología hispánica. Y eso, dentro de la cátedra Saavedra Fajardo, autor murciano al que dedicó estudios fundamentales. Dirigió también la llamada Escuela de Formación del Profesorado de Grado Medio, así como el Departamento de Literatura Española desde su creación. Y fue Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras, cuando sólo había un Vicedecano, sin que nunca permitiera ser nombrado Decano. Eso escapaba a sus muy escasas vanidades. La Academia Alfonso X lo recibió en su claustro en 1969, llegando a ser Subdirector de dicha institución. Prologó y estudió a un buen número de autores murcianos, que encontraron en su palabra y prestigio una enorme ayuda de cara al exterior. En definitiva, y a pesar de su probada timidez, don Mariano estuvo presente en la vida cultural murciana, como lo estuvo en la vida académica española.

Un último episodio digno de adjuntar a esta serie de contribuciones y esfuerzos que don Mariano dedicó a la vida académica murciana está relacionado con la construcción de la nueva Facultad de Filosofía y Letras. Cuando llegó a Murcia, las clases de la Universidad se daban en el viejo edificio de Santo Cristo, compartiendo aulas con Derecho. Las enseñanzas en Ciencias Químicas se desarrollaron enseguida en su nuevo edificio, en el que sería campus de La Merced. Precisamente por disponer allí de espacio suficiente, se iniciaron los planes para construir una nueva Facultad de Letras al poco de la llegada de don Mariano. Mi colega Abraham Esteve nos informa de un Acta de Junta de Facultad, en la que Baquero Goyanes hace una propuesta harto significativa: el nuevo edificio debería disponer, entre sus dependencias, de un

teatro. Don Mariano argumentaba que en las universidades de todo el mundo había al menos una sala para las artes escénicas, ya que estas son signo evidente de cultura. Esa idea refuerza su concepto abierto y humanista propio de un joven profesor que quería lo mejor para su universidad. Y eso sin que el teatro fuera su especialidad prioritaria en el campo de investigación. Hay que decir que el nuevo edificio se inauguró con aulas, despachos, salón de actos, hemiciclo para sesiones especiales… y sin teatro.

He intentado que mis palabras no se hayan visto envueltas en la nostalgia, ni mucho menos en el elogio sin medida. Bien al contrario, he intentado que fueran un recuerdo objetivo, marcado por el tiempo trascurrido desde su marcha. Es lo que me enseñó él, mi maestro, el cual citaba a su admirado Cervantes cuando decía aquello de: "Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala". Pero mejor será acabar con sus propias palabras, que vienen que ni pintadas para la ocasión:

"Lo fundamental, lo esencial es leer y escribir, cualquiera que sea el modo. Mientras que la persona conserve el disfrute placentero por la lectura y la escritura, cualesquiera que sean las circunstancias que la rodean, conservará a la vez lo mejor de su condición humana" (Baquero Goyanes, *La educación de la sensibilidad literaria*).